

ADELINA JIMÉNEZ JIMÉNEZ

Maestra



Una de sus aficiones es pensar. Y se le nota, porque relata su vida como un libro abierto. Es meticulosa con las palabras, determinante y crítica. Tiene un pensamiento claro, elaborado y un gran sentido del humor. Su vida ha sido intensa, en ocasiones muy difícil y con muchos sufrimientos. Además, ha sentido la discriminación de su pueblo y por parte de los payos. Los libros, lo más bonito de su vida, le han acompañado siempre.

La educación da la libertad

Con 16 meses quedó huérfana. Su abuela materna se hizo cargo de ella y fue quien le inculcó la cultura gitana. "No quiso abandonar jamás Ayerbe, su pueblo en la provincia de Huesca, porque allí está enterrada mi madre. Era mayor, pero todavía estaba fuerte. Vendía telas por los pueblos, agujas de coser... no por dinero, sino por comestibles. Yo comencé a ir a las escuelas nacionales desde los tres años. Era la única gitana. Mi abuela no sabía leer y escribir, pero era una persona muy sabia, no en cuanto a conocimientos científicos, pero sí en sus ideas." Es entrañable pensar que cuando Adelina pudo descifrar las letras, era ella la que leía los cuentos a la luz y al calor de la lumbre. Fue pasando el tiempo y desfilaron por su vida dos personas cruciales. La primera, doña Raimunda Cazabón, su profesora. "Empecé a fijarme en ella. Estaba sentada en un sillón, en una mesa antigua, alargada, donde nos hacía dictados... la miraba y pensaba que cuando fuese mayor yo también sería maestra, la maestra gitana. Mi abuela también me decía que de mayor tenía que enseñar a los niños de mi pueblo." La segunda persona fue don Carmelo Coiduras. "Vivía en un palacio muy antiguo. Casi todo el pueblo en cuestión de fincas y viviendas era de él. Le llamaba tío. Como yo no tenía padres, le llevaba las notas para que me las firmara." Llegó el día en que Adelina, con 14 años, obtuvo el Certificado de Estudios Primarios. Don Carmelo, entonces, le ofreció trabajar en su comercio como modista y aprender en su taller. "Don Carmelo, yo no quiero ser modista, quiero ser maestra. Él me contestó que yo no contaba con nadie que me pudiese pagar la carrera. Le respondí que él sí, que él me la podía costear."

Aquel hombre fue su mecenas hasta que ella, con 21 años y su plaza fija mediante oposición, se convirtió en la primera maestra gitana de España. "Mi primer destino fue un pueblo del Pirineo aragonés, en la parte de Ainsa. El domingo me venían a buscar con las bestias al autobús. Los burros cargaban mis maletas y yo andaba 10 kilómetros, un camino angosto que finalizaba en Olsón, donde estaba la escuela". Siempre le han gustado mucho los niños. Cuando sopesa su trayectoria profesional, tiene el orgullo de haber contribuido a su formación y haber realizado una labor grande por iniciarles en fun-

damentos como integración y respeto. "No les he abierto el mundo, pero les he inculcado, además de muchos conocimientos, valores que les van a servir a lo largo de su vida, principios que fomentan la igualdad social. Lo que se enseña desde la infancia no se olvida jamás. He sido muy delicada en este sentido. Me he preocupado más de su formación humana y personal, que de su formación intelectual. Mis alumnos, ahora, me saludan con afecto. Lo que más me gusta es que a nivel personal, aunque tengan cargos muy elevados, no sean presuntuosos, se relacionen con igualdad y pongan sus conocimientos al servicio de todas las personas que lo necesiten, especialmente de los más desfavorecidos".

Enseñó en sus aulas a alumnos payos y gitanos. Impartía todas las asignaturas hasta quinto de EGB. "Mi mayor satisfacción como maestra es que en todos los colegios donde he estado siempre me han calificado como una persona muy dedicada. El trabajo me ha aportado ver las cosas de otra manera. Me ha influido mucho el hecho de estudiar y leer libros".

Adelina ha sentado un precedente. Muchísimas mujeres gitanas han contado con su experiencia y sus consejos antes de decidir seguir su mismo camino. "El haber sido maestra y tener formación creo que ha sido una referencia. En mis tiempos, cuando mantenía reuniones con los padres, alguno movía la cabeza y se reía mucho cuando hablaba. Les sorprendía que una gitana se supiese expresar y se dirigiera a un público payo para tocar normas de educación. Ahora las jóvenes estudian." Este hecho le hace suponer una apertura mental en el mundo gitano, aunque considera que queda mucho camino por recorrer. "El papel de la educación para la comunidad gitana tiene una importancia decisiva. La educación entre los niños gitanos, hablo de los estratos bajos, la veo difícil. En la clase media, incluso alta, se percibe una tendencia distinta. La educación da la libertad. Los padres gitanos, sobre todo, tienen que cambiar de mentalidad. Deben mandar a los niños a las escuelas, llueva o haya tormenta. Eso va a repercutir en beneficio de sus hijos. Sabrán desenvolverse, defenderse verbalmente, no con palos, cuando les ataquen. Económicamente tendrán una profesión de futuro y una independencia. Los padres gitanos tienen la obligación moral de hacer todo lo imposible porque ninguno de sus hijos deje la escuela. Tener hijos no es sólo darles de comer, es procurarles una educación y hacerles personas. Estudiar repercute en la familia, en la educación de los hijos y en todo el pueblo gitano. Desearía que no hubiese ninguna gitana sin estudios, ningún niño o niña sin escolarizar, que tuviesen como mínimo graduado escolar. Se pueden seguir manteniendo igualmente las leyes que nosotros consideremos relevantes."

Como gitana, le otorga un gran valor a la fidelidad de la palabra dada. Respeta a los hombres mayores y el culto a los muertos. Es leal y odia la mentira. "Me considero gitana. No estoy en contra de las leyes gitanas, porque forman nuestra propia cultura, pero no se puede vivir en unas ideas tan de hace 200 años. Tengo un comportamiento correcto y un sentido de la ética. Hay aspectos que me causan mucho sufrimiento. Hay que ser versátiles y tener más en cuenta los sentimientos de la persona." En numerosas ocasiones alude a una cuestión que rechaza categóricamente. "Hablamos de que el hombre es un machista, pero yo pienso, sin tratar de generalizar, que la mujer es muy permisiva. El valor de las personas no se mide por el sexo, sino por su categoría humana. Me gustaría cambiar esa mentalidad de que el hombre está para pedir y la mujer para negar. Ojalá se dijera que el hombre gitano está para respetar a la mujer y la mujer para comprender al gitano. Tiene que ser más tajante con el hombre. Si los hijos ven determinadas actitudes obrarán de la misma manera con sus esposas."

Esta mujer exigente espera de la vida tener buena salud. Cuando finaliza la entrevista confiesa su utopía: un pueblo gitano de intelectuales, de gitanos viejos que pudieran transmitirnos su sabiduría. Un pueblo de jóvenes con carreras universitarias.

Adelina Jiménez Jiménez nació en la ciudad de Huesca en abril de 1947.

Ha ejercido como maestra durante 34 años.

Sus hobbies son pintar, pasear, pensar, escribir, leer, conocer gente, estar con familias gitanas y convivir con ellas.